

Decimo domingo del Tiempo Ordinario B2024

Quiero comenzar esta homilía al referirme a la experiencia de vida. Todos hemos cometido errores graves en nuestras vidas. Todos nosotros, un día u otro, hemos hecho algo gravemente malo en nuestra vida. Pero, se necesita coraje y madurez para asumir la responsabilidad de lo que sea que hayamos hecho en lugar de simplemente jugar a echar culpas.

Por ejemplo, un niño culpará a otro hermano por algo malo alegando que no fue culpa suya. Esto es especialmente cierto si ese hermano es más joven y más vulnerable. Los adultos a menudo hacen pasar la culpa señalando a otra persona. Como hemos escuchado muchas veces: no es mi culpa; es su culpa; es culpa de mi marido o de mi mujer.

Cuando las personas reaccionan de esta manera, significa que sienten vergüenza por el mal que han hecho. Su sentimiento de vergüenza a veces puede llevarlos a alejarse de aquellos a quienes han herido. Y se necesita verdadero coraje para reconocer el mal cometido, pedir disculpas y enmendar lo que se hizo mal.

Esto es exactamente lo que pasó con Adán y Eva. Fueron creados inocentes, pero con libre arbitrio, y se les dio una vida maravillosa. Caminaron con Dios y hablaron con él. Se les dio un solo mandamiento y la libertad de obedecer o desobedecer este mandamiento.

Sin embargo, cuando se encontraron con Satanás, eran inexpertos y vulnerables. Cuando fueron tentados a desobedecer, tomaron la decisión equivocada. Se volvieron contra su Creador. Fueron seducidos haciéndoles pensar que ellos mismos podrían ser dioses. Sucumbieron a la tentación de Satanás. Aceptaron una mentira que al final arruinó su vida. Como consecuencia de su vergüenza por haber actuado en contra del mandamiento de Dios, se escondieron. ¡Y para evitar responsabilidad, Adán culpó a Eva y Eva culpó al diablo!

Este capítulo del Génesis nos enseña una verdad profunda sobre el pecado. Cuando pecamos no podemos enfrentarnos abiertamente. Tampoco podemos enfrentarnos a Dios. Lo único necesario que debemos hacer, que puede salvarnos del juego de la vergüenza y la culpa, es aceptar nuestra responsabilidad y enmendarnos.

Nuestro Señor Jesús ha venido para liberarnos del poder de Satanás y del juego de culpas. Nuestro Señor ha venido para guiarnos hacia toda la verdad liberadora. Desafortunadamente, el Evangelio de hoy nos dice que los líderes religiosos judíos no pudieron aceptar la verdad. Más bien, intentaron oscurecer la realidad de la vida y la misión de nuestro Señor. No pudieron aceptar la revelación de nuestro Señor y sus buenas obras. Creían que conocían toda la verdad que Dios había revelado. Entonces, declararon que nuestro Señor estaba poseído por el mismo Satanás. Insistieron en que era el poder de Satanás lo que le permitía exorcizar a los demonios.

Sin embargo, con su sabiduría, nuestro Señor los refutó de manera dramática. No es posible que sea Satanás trabajando porque, entonces, estaría trabajando contra sí mismo. En realidad, Satanás se estaría destruyendo a sí mismo. ¡Y ésta era una contradicción imposible!

Lamentablemente lo que estaban haciendo los escribas era un pecado que nunca podría ser perdonado. Estaban blasfemando contra el Espíritu Santo. Es el Espíritu Santo quien abre nuestro corazón para reconocer el poder de Dios obrando en nuestro Señor y buscar el perdón a través del Sacramento. El perdón era imposible para los escribas porque, en su orgullo, ¡nunca podían admitir que estaban equivocados!

Amigos míos, somos realmente afortunados de poder ser perdonados por nuestros errores y pecados. Ningún pecado que cometamos está más allá del perdón si nos arrepentimos, asumimos la culpa y cambiamos nuestro comportamiento. Nuestro Señor vino a revelar el amor y el perdón de Dios. Él es la descendencia de Eva. Él es quien sigue aplastando con su calcañar la cabeza de Satanás.

San Pablo nos recuerda en la segunda lectura de hoy lo bendecidos que somos por el don de la fe. Si permanecemos fieles a Dios, seremos resucitados tal como nuestro Señor resucitó de entre los muertos. Sí, podemos sufrir cosas terribles durante nuestro tiempo en este mundo. Nuestro cuerpo físico en sí mismo se consumirá con la vejez. Nuestra vida aquí es tan frágil y temporal como vivir en una tienda de campaña. Sin embargo, de ninguna manera puede ser esto permanente. ¡Ya estamos sentando las bases para una vida permanente y eterna en el Reino de los Cielos!

Amigos míos, nuestra fe tiene un precio. Nos permite ser parte de la familia de nuestro Señor. Lo que cuenta aquí no es el vínculo de sangre ni el vínculo físico, sino la fe. Somos la madre y hermanos y hermanas de nuestro Señor si hacemos la voluntad de Dios. “Es el que hace la voluntad de mi Padre que es mi madre, mi hermana, mi hermano”. Esta es una relación elevada que todos debemos tener en nuestras vidas. Hacer la voluntad de Dios nos permite ser parte de la familia de nuestro Señor, participes de su propia herencia. Así que no perdamos tan gran privilegio y oportunidad.

[Adaptado de la homilía del P. Russel Terra, 10º domingo ordinario de 2024]

Génesis 3: 9-15; 2 Timoteo 4: 13-5: 1; Mark 3: 20-35



Fecha de la Homilía: el 09 de Juno 2024

© 2024 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20240609homilia.pdf